



Durandarte

“OUT—ART”

Héctor Galmés

Sin título.

Héctor Galmés

La mayoría no se enteró porque las urgencias cotidianas impiden captar ciertas sutilezas, que suelen ocupar algún escondido lugar en las páginas de los diarios; y de haberse enterado, no habría variado el número de asistentes a aquella extraña ceremonia.

El breve anuncio decía:

MAÑANA CHRISTIAN ZORP

REDIMIRÁ UN MURO.

Hora 19. Plaza Independencia.

Junto al músico del sombrero rojo,

se vivirá la más auténtica

experiencia artística de los últimos tiempos.

A las 19 y 30 partirá el cortejo

hacia el descubrimiento.

CONCURRA.—

Pequeños carteles, con trazos elementales y colores cálidos, invitaban, en la esquina nordeste de la plaza, a participar en la insólita aventura:

“El redentor de los muros ha llegado para revelarnos las presencias ocultas”.

“La verdad se acerca.

Cuando empiece a sonar la extraña música,

la música de las siete de la tarde

en esta esquina,

y caminos tras el mágico

de gesto definitivo, y llegues,

te sentirás otro, distinto, verdadero.”

Los organizadores habían pretendido darle al movimiento un aire de sencillez evangélica.

Reunidos en un entresuelo largo y desconcertante, que predisponía a la tristeza y a sacar a la casiluz cuanta cosa desvalida y marchita se guarda en el armario del alma, sentados sobre cajones, en el suelo, en los peldaños de la escalera, o parados, con las manos en los bolsillos, recostados contra las columnas chorreadas y mordidas quién sabe por qué furioso desconocido elemento, respiraban lentamente el aire denso, mujeres tristes, hombres abandonados, muchachitos andróginos y sentimentales; algunos con la vista llorosa por efecto del humo y el alcohol; otros, con anteojos oscuros, protegían sus retinas de soles imaginarios. Y todos, con unción mística, veían, más que escuchaban, al nórdico gesticulante, al iconoclasta que había conocido los calabozos de Amberes por intentar destruir obras de arte (no sin razón se sospechaba que había sido él quien decapitó a la sirenita de Copenhague), al que exponía su doctrina con voz temblorosa, mientras agitaba la melena rojiza.

—¿Qué admira la gente en los museos? Decidme, ¿qué? ¿Acaso la obra de los grandes maestros? No. Mentira. Todos son vilmente engañados. Lo que admiran es la obra de los restauradores. El tiempo se encarga de destruir a los grandes maestros, de gastar la piel de las ninfas, de las majas, de los héroes, de rasgar sus sedas y terciopelos, y de volcar la bruma en los paisajes. Sólo queda en los marcos, en los ridículos marcos, el espectro de los cadáveres, prisionero del virtuosismo de los restauradores.

Un poeta, con cuarenta años y copiosa producción

inédita, arqueó el cuerpo hacia atrás y apoyó los codos sobre una mesa desolada y verde donde nunca se comía ni se trabajaba: “Ilanura. Geometría del hambre/donde sólo al amor se jugó alguna carta”, y se puso a contemplar los caños oxidados que recorrían el techo, “color visceral de humedades impuras...”

Una joven sensual y regordeta, llena de literatura y frío, abrigaba su cuerpo apetecible con el sobretodo viejo del escultor que la anhelaba para modelo y amante; el artista pensó: “Sería difícil resolver con alambres y chatarra la arquitectura de su cuerpo”, alzó la vaga mirada y también se entretuvo un rato con los caños.

La voz del iconoclasta seguía creciendo hasta apoderarse de cada uno y exhumarlo de posibles distracciones:

—Todo está falsificado y es objeto de un execrable negocio. La burguesía ha salido con la suya, pero será vencida. El verdadero arte, el arte dinámico que la humanidad construye cada día, o cada noche—porque la noche oculta la poderosa mano anónima que sólo puede crear lo cierto en las tinieblas—, no está en el recinto esterilizado de los museos. Allí están la mercancia y el fraude. La verdad está en los muros, en las paredes, donde los hombres se expresan temporalmente sin el afán enfermizo de inmortalizarse. Cuando la cáscara del muro cae, cuando cae la piel de las paredes, otras manos continúan la tarea de realizar, de hacer, de decir lo que nunca podrán decir las naturalezas muertas, ni los retratos, ni los frustrados intentos de imitar sobre la tela el hechizo de los muros. Los verdaderos artistas son los niños, los enamorados, los asesinos, los mendigos, los revolucionarios, los que cubren las paredes de anónimas verdades, dejan su mensaje, y pasan; no se los ve nunca, pero se los presiente. Hombre—tiempo—sol—lluvia—óxidos—perros—pájaros. ¡Qué armonía se necesita para crear un muro! Pluralidad de fuerzas que convergen. No hay dos muros iguales. Al muro no se lo puede imitar. El muro es único.

Algunos se emocionaron, y un hombrecito quiso ensayar un grito de triunfo que se ahogó entre los aplausos. Zorp hablaba con claridad, y lo que no podía decir por faltarle la palabra, lo afirmaba con los gestos. Bebió rápidamente un vaso de vino ácido y continuó con su mensaje.

Había recorrido mundo y visto muchos muros. Afirmaba que nunca entraba en los museos, jactándose de no conocer al Greco más que de nombre. Los muros, en cambio, lo fascinaban. Poseía una clasificación bastante detallada, en una libreta grasienta donde anotaba pacientemente los datos interesantes.

—Hay cerca de aquí uno maravilloso. Me detengo largamente a contemplarlo, y estoy seguro de que ninguno de ustedes lo ha descubierto. Frente a él iniciaremos nuestra prédica en esta ciudad de paredes insospechadas. Confieso que cuando revelo esa belleza, tengo la impresión de estar profanando un sagrado misterio, y me pregunto si eso no será asunto de solitarios.

Un grupo de elegidos se encargó de preparar la ceremonia.



Una tarde feliz.

Paul Klee

Zorp fue el primero en llegar. Su exótica figura se distinguía de las gentes que salían de las oficinas, porque llevaba un pequeño sombrero que no era rojo sino de color ladrillo, y el estuche del clarinete bajo el brazo. Estaba establecido que llegaría solo, como los profetas.

Observó con amargura que algunos cartelitos habían sido rotos por el viento y los muchachos, y, con cierta satisfacción, que en otros habían dibujado símbolos obscenos. Sacó el clarinete del estuche, y después de mirar a la gente que pasaba indiferente y muda, comenzó una musiquita de circo.

Los lustrabotas y los viejos que a esa hora abandonan los bancos de la plaza, fueron los primeros prosélitos. Después llegaron algunos jóvenes con caras de alucinados, mujeres saturadas de tabaco, poetas, actores, y los no-conformistas, y los soñadores, y los nada. Lentamente rodearon al músico cuyas miradas se perdían más allá de las palomas y las ventanas iluminadas.

Y cuando la reunión fue lo bastante numerosa como para prometer un espectáculo, también se detuvieron los oficinistas y las empleadas de las tiendas agobiadas por el brillo de sus prisiones. No faltó alguno que imaginara, a los pies del extraño, al reptil amazónico y la maleta cargada de productos milagrosos y que, después de estirar el pescuezo, se retirase desilusionado al comprobar que allí no había otra cosa que los zapatos opacos del músico.

Llegaron periodistas, críticos, fotógrafos; y de los cines, bares y farmacias salieron seres que caminaron, sin saberlo, hacia el mensaje.

Cesó la música y comenzó a sonar la voz reveladora, mientras los poetas y sus amigas distribuían cuartillas de papel de estraza con versos y conjuros manuscritos.

—Piensen, señores, ¿cuánto gastan los gobiernos para mantener la tonta vanidad de los museos, esos cementerios higienizados donde nada tiene derecho a pudrirse? Una sucesión de tonterías nos ata a un pasado cargado de prejuicios. ¿Por qué no ver al hombre en la sencillez de su genio creador, desnudo de falsas teorías, liberado de la esclavitud de la opinión y de la crítica?

—¡Rebelión!— contestó el coro de los que ya estaban convencidos y decididos a desatar el apocalipsis.

El cortejo, depurado ahora de curiosos, niños inquietos y señoras con paquetes, comenzó su marcha encabezado por el iconoclasta, que inventaba en el clarinete intermitencias sonoras, o pretendía, con voz de trueno, encender el entusiasmo de los pobres de espíritu que se aventuraban a seguirlo.

Eran un centenar y caminaban hacia el puerto por las calles vacías y en penumbra. Unas veces eran sólo los pasos los que rompían la lámina del silencio, otras, eran las voces, los gritos, la melodía incierta.

Pasaron frente a las puertas cerradas de los bancos y las agencias marítimas y se detuvieron de pronto ante la enorme pared trasera de una barraca. Las sombras, pese

al anémico farol oscilante sobre la bocacalle, apenas dejaban adivinar la superficie leprosa y la parte superior de chapas de cinc, con su única y pequeña ventanita.

Después de un silencio de desilusión o expectativa, se encendieron dos focos en las azoteas de enfrente, y Zorp, de pie sobre un cajón vacilante, reinició su prédica. Su sombra, moviéndose sobre la superficie lacerada, los ojos claros que concentraban la luz violenta, parecían más fascinantes que la muda dimensión del muro. Algunos quisieron irse pero no pudieron, estaban como clavados, con rabia o con asombro, fijas las miradas en aquel ser borracho de convicciones. Se sentía sobre las espaldas como una fuerza que quisiera hundirlo a uno en el muro, convertirlo en mancha indefinida.

Terminó el discurso, y la música que salía por los altavoces ocultos en los dos únicos árboles de la cuadra, era estrangulada a intervalos por el estallido de los petardos que encendían jovencitos delirantes, medio desnudos, y en cuya piel se habían pintado las palabras que suelen hallarse escritas en las paredes.

Fue entonces que se abrió la ventanita, y en ella apareció el apacible rostro del sereno de la barraca que se volvió para decirle a su mujer:

—Vení, Maruja. Mirá: parece que el mundo se ha enterado de que hoy es nuestro aniversario. **M**